

lado: oyó la reconvencion con aire de indiferencia, como si no se hablase con él. Al contrario, Timoteo tomó la palabra, y con tono de indignacion, vuelto á la mujer, dijo: *¿Qué es lo que dices? ¿Yo he estado en tu casa? ¿Yo te he deshonrado? ¿Yo?* La mujer alargando la mano, y señalando con el dedo á Timoteo, respondió gritando: *Si; sí, tú eres el que me has ultrajado, tú;* y añadió las señas de tiempo y lugar, con mucha verbosidad y vehemencia. Los mas de los concurrentes se reian de ver una calumnia tan mal forjada; pero los eusebianos la mandaron salir luego, aunque el Santo pedia que fuese examinada, para descubrir los autores de la calumnia. Con igual facilidad se desvaneció la de la muerte de Arsenio, que reiteraron y pintaron de tal manera, que muchos obispos llegaron á creerla. El Santo preguntó si habia quién conociese á Arsenio; y fueron muchos los que dijeron que le tenian muy tratado y conocido. Entonces por uno de sus criados envió á buscar á un hombre que entró embozado con su capa, y descubriéndole el Santo, y haciéndole levantar la cabeza, dijo: *¿Es este el Arsenio que yo he muerto, y á quien he cortado una mano?* Los que conocian á Arsenio quedaron muy sorprendidos al verle, porque todos lo creian muerto, ó á lo menos muy distante. Y el Santo prosiguió: *Aquí está Arsenio con sus dos manos: Dios no le ha dado más: mis acusadores dirán de donde han sacado aquella que con tanto aparato enseñan como de Arsenio.* Los arrianos exclamaron que Atanasio era un mago que engañaba los ojos con prestigios: acometiéronle llenos de furia, y le hubieran hecho pedazos, si los ministros imperiales no se lo hubiesen quitado de las manos.

»Estas violencias, y el ver que los eusebianos no seguian otra regla que su voluntad y furor, movieron al Santo á separarse de impíos y prevaricadores. De modo que no estaba ya en Tiro, cuando los seis comisionados volvieron de la Mareótide. Los soldados de su escolta, en los pueblos por donde pasaban á la vuelta, cometieron los mayores excesos, especialmente contra las vírgenes católicas consagradas á Dios. Finalmente el concilio pronunció contra San Atanasio la sentencia de deposicion, privándole de entrar en Alejandría: escribió al Emperador, para que la mandase ejecutar, y á todos los obispos, para que no admitiesen mas en su comunión

á Atanasio, ni recibiesen sus cartas. Muchos obispos, entre otros Marcelo de Ancira, constantes, resistieron á todas las amenazas con que se procuraba reducirlos á que la firmasen. Consecutivamente admitió el concilio á su comunión á los melecianos, dió á Isquiras el nombre de obispo, y hubiera completado la obra admitiendo á Arrio á su comunión, á no ser porque el Emperador llamó á los obispos para que acudiesen luego á la dedicacion de la Iglesia de Jerusalem.

»Tambien en esta ciudad tuvieron su concilio. Arrio entre tanto se habia presentado al Emperador, y habia puesto en sus manos una profesion de fé, en que protestaba creer en Dios Verbo, en el Padre y el Hijo, y en el Espiritu Santo, como cree la Iglesia católica, y enseñan las Escrituras. Constantino, sin reparar que se omitia la palabra *consustancial*, y que no habia otra que fuese equivalente, y que al contrario suponía supérflua aquella palabra, y las preguntas ó cuestiones en que insistian los católicos, se persuadió que Arrio de buena fé abrazaba la doctrina del concilio Niceno, y así le recomendó al de Jerusalem: cuyos obispos aprovechando ocasion tan oportuna, le recibieron en su comunión. Dirigieron su carta sinodal á la iglesia de Alejandría, y generalmente á todos los obispos, presbíteros y diáconos del mundo, celebrando con la mayor alegría esta reunion. San Atanasio al escaparse de Tiro, se fué á Constantinopla, y con bastante trabajo logró audiencia del Emperador: le pidió que oyera sus quejas en presencia de los mismos que le habian condenado. Convino el Emperador: mandó que fuesen á Constantinopla todos los obispos que habia en Jerusalem; pero los principales eusebianos eran sobrado advertidos para permitir que fuesen todos. Así se dió comision á los seis más hábiles, los dos Eusebios, Teognis, Patrófilo, Ursacio y Valente, para que fuesen en nombre del concilio. Estos diputados puestos en Constantinopla ya no hablaron de Arsenio, de Isquiras, ni de las demás antiguas calumnias: buscaron otras mas adaptadas á las circunstancias. Dijeron al Emperador que San Atanasio habia llegado á amenazarlos con que no dejaria pasar trigo de Alejandría á Constantinopla. Sabian que el Emperador, por sospechas de este delito, habia mandado cortar la cabeza al filósofo Sopater á quien ántes estimaba. San Atanasio rebatió esta calumnía con cuanta efi-

cacia supo, y *aunque quisiese*, decia, *¿qué podría hacer yo, no siendo mas que un pobre particular?* Eusebio de Nicomedia sostuvo públicamente la calumnia, y juró que Atanasio era rico, poderoso, y capaz de cualquiera empresa. El Emperador llegó á creerlo, y persuadiéndose que le hacia bastante gracia en no quitarle la vida, le desterró á Tréveris en la Galia; y con todo, el Santo le escusa, diciendo que le desterró principalmente para preservarle del furor de sus enemigos. Pero los arrianos no pudieron conseguir permiso del Emperador para poner en Alejandría otro obispo. Celebraron otro concilio en Constantinopla, en que depusieron y excomulgaron á Marcelo, obispo de Ancira, y pusieron en su lugar á Basilio, que tenia fama de elocuente. Marcelo habia escrito contra un libro de Asterio, arriano, y Eusebio de Cesarea contra Marcelo. A este le acusaban de sabelianismo, y de seguir los errores de Pablo de Samosata. Pero la verdadera causa de su deposicion fué su celo en defender la fé de Nicea, y no haber ido á Jerusalem por el horror que le causaron los obispos arrianos en Tiro.

»Intentaron los arrianos restablecer á Arrio en Alejandría; y el hereje, aprovechándose de la ausencia de San Atanasio, pasó á aquella ciudad y fué á presentarse en la Iglesia. El pueblo católico no podia consentirlo; hubo grandes desórdenes, y el Emperador se vió obligado á dar orden á Arrio para que inmediatamente saliese de allí y se presentase en Constantinopla. Sus partidarios, que deseaban resarcirse de los disgustos que habian experimentado en Alejandría, dispusieron el hacerle un magnífico recibimiento en la ciudad imperial, de la que era obispo un venerable anciano muy adicto á la fé de Nicea. Los arrianos apuraron todos los medios á fin de persuadirle á que recibiese á Arrio en la Iglesia, pero el prelado rehusó constantemente, y eso que los arrianos llegaron hasta á las amenazas, diciéndole que le harian deponer y que obtendrian una orden del Emperador para que Arrio fuese admitido á la fuerza en la Iglesia.

»La orden fué en efecto conseguida, y se eligió un domingo para el recibimiento del heresiarca. El Santo Prelado que no queria autorizar con su presencia aquel verdadero escándalo, á pesar de la orden imperial, se retiró á su Iglesia, y, postrado ante el altar, dirigió á Dios esta devota y humilde plegaria: «Señor, si Arrio ha

de ser recibido en la Iglesia, os conjuro á que antes me saqueis de este mundo, pero si Vos teneis compasion de vuestra Iglesia, como yo no dudo, no permitais que jamás se convierta en objeto de desprecio.»

»El dia siguiente al en que el Santo Prelado hizo aquella plegaria, fué el destinado por los partidarios de Arrio para conducirlo á la Iglesia. Lleváronle en triunfo por las calles, y pronunciaban discursos salpicados de los más groseros insultos contra el obispo.

»Cuando la comitiva llegaba á la plaza y daba frente á la Iglesia, Arrio palideció visiblemente y se vió atacado de una necesidad natural, la cual le obligó á separarse del cortejo y retirarse á un lugar donde poder satisfacer aquella necesidad imperiosa. Como tardase mucho en salir, entraron á buscarle y le hallaron muerto echado en el suelo, nadando en su misma sangre y con las entrañas fuera de su cuerpo. Aun á sus mismos secuaces horrorizó aquel espectáculo. Nadie se atrevió en adelante á frecuentar aquel lugar, al que todos señalaban como un monumento de la venganza Divina.

»La noticia corrió inmediatamente por todas partes, y al dia siguiente el Prelado, á la cabeza de todo su pueblo, rindió al Señor solemne accion de gracias, no porque hubiese hecho perecer á Arrio, cuya triste suerte lamentaba, sino porque habia rechazado la herejía que con audacia marchaba para penetrar por las puertas del santuario.

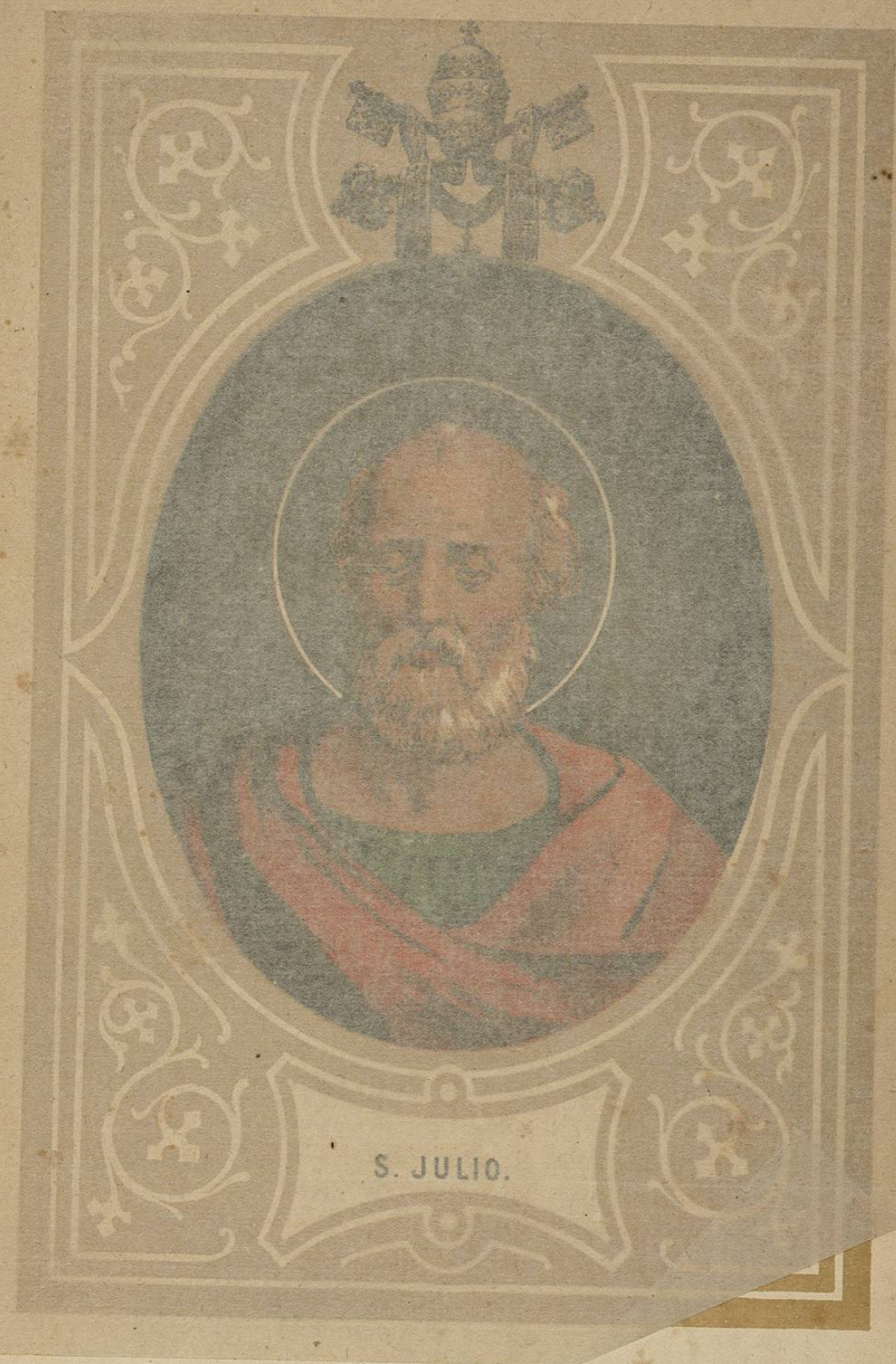
»Constantino, que habia sido engañado, hizo sobre este acontecimiento profundas reflexiones, y no pudo menos de reconocer en él la mano del Señor, por lo que tomó grande aversion á la secta impía de los arrianos. Conoció al propio tiempo cuan injustamente habia obrado con San Atanasio desterrándole, y determinó levantar en seguida aquel inmerecido castigo, pero la muerte le impidió llevar á cabo esta determinacion.

»No pudo ser mas funesto y desastroso el fin del miserable Arrio, que pretendia arrancar de las augustas sienes del Hijo de Dios la preciosa corona de su divinidad. El terrible fin de Arrio debió abrir los ojos de todos sus secuaces, haciéndoles conocer lo impío de la doctrina que seguian, y la exposicion en que estaban de ser tambien terriblemente castigados. El arrianismo debió

morir con su autor, pero no fué así. Estaba destinada esta funesta herejía á hacer padecer por mucho tiempo á la Iglesia de Jesucristo.»

Dejando para muy en breve al continuar la historia del arrianismo, debese poner término aquí á la biografía de San Marcos, haciendo constar que el santo pontífice prescribió, segun la autorizada opinion de Rivo que se recitase el *Símbolo* de Nicea, despues del Evangelio de la Misa, indudablemente para impedir la extension de la herejía, haciendo que los creyentes tuvieran siempre en la memoria, el resúmen de la verdadera fé; que hizo edificar dos iglesias, una en el recinto de Roma, junto al Capitolio, y la otra en el camino de Ardea, y que, en una ordenacion nombró siete ó veintisiete obispos, cinco, veinticinco ó veintisiete presbíteros y cinco ó seis diáconos, pues respecto á las cifras no están conformes las opiniones. Tampoco lo están respecto á si fué este papa ó San Lino el autor del palio pontifical. A su muerte, fué enterrado San Marcos en el cementerio de Santa Balbina, en la via Ardeatina, y desde allí fueron llevadas sus venerandas reliquias á una de las dos iglesias por él edificadas y que tomó su nombre.

Entretanto, había muerto Constantino el Grande y repartido el imperio entre sus hijos Constantino II, Constancio y Constante, quienes, por punto general, distaron mucho ya desde un principio de demostrar las brillantes cualidades que habian adornado á su padre, y no tardaron en ir degenerando cada vez más. Constanzo abandonabase á las mayores maldades; Constantino II entraba en guerra fratricida con Constante y al dirigirse á Aquileya parecia con todos los suyos, mientras los obispos arrianos que habian logrado hacerse dueños de la corte de Constanzo se consagraban con furioso ardor á arrojar de la Iglesia á los obispos católicos y á derramar la sangre de los fieles, suscitando contra estos una verdadera persecucion, parecida, sino por sus estragos, por el odio de los perseguidores á las que hasta poco tiempo antes habian promovido los paganos. Estas azarosas circunstancias, dieron ocasion á que demostrase la impavidez de su ánimo y lo sublime de su inteligencia, el sucesor de San Marcos, el nuevo pontífice San Julio I, romano é hijo de Rústico. En su tiempo, continuaban encarnizándose los herejes impugnadores de la divinidad del Verbo contra el



morir
ta he
cristo

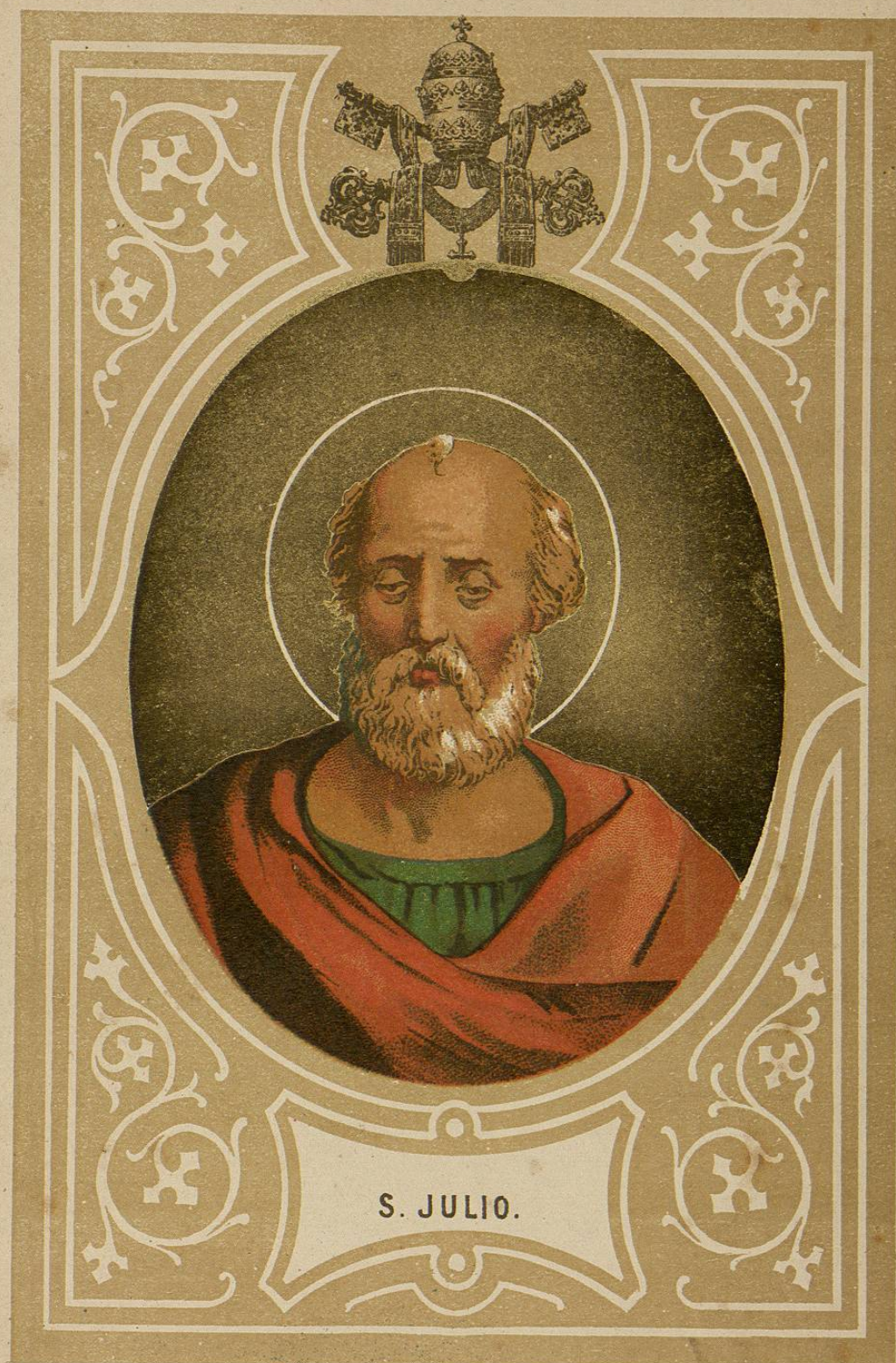
D
nism
haci
rizad
pues
exter
pre
car
la o
siete
ros
form
ó Sa
do S
dea
una

imp
qu
de
paci
aband
guerra
todos
hac
so
la
se
guido
pa
mostr
cia,
mano
doso

los herejes impugnau

pre es la memoria, el recuerdo de su vida, que hizo edifi-
car dos iglesias, una en el monte Vaticano, junto al Capitolio, y
la otra en el camino de Nícolai. En una ordenacion nombró
siete o veintisiete presbiteros, pero las cifras no están con-
formes. Si fué este papa, el papa Gregorio, el papa Gregorio
ó San Gregorio el papa Gregorio, el papa Gregorio.

impugnau los herejes, que se habían apartado de la fe, y no tardaron en
abandonarse a las pasiones de la carne, y a la guerra fratricida con
todos los suyos, y a hacerse dueños de la ciudad, y a arrojar de la
la sangre de los fieles, y a cometer la mas cruel persecucion
guidos por el diablo, y a hacer de la ciudad un campo de batalla
pa, y a mostrar a los ojos de todos la crueldad de su gobierno.
cia, el sucesor de San Pedro, el papa Gregorio, el papa Gregorio,
mano é hijo de Roma, el papa Gregorio, el papa Gregorio,
doso los herejes impugnau el Verbo contra el



gran San Atanasio: Parte de los hechos ocurridos con tal motivo son referidos así, por un historiador eclesiástico:

»Hallabase en Milan el emperador Constante, y allí se celebró un concilio muy numeroso del Occidente que tuvo por objeto buscar los medios de reunir las Iglesias, dar cumplimiento á los decretos de Sárdica y condenar á Fotino. Ante esta asamblea abjuraron sus errores los arrianos Usarcio y Valente, habiendo sido admitidos. Esta retractacion fué sincera. Habiendo alcanzado el perdon, se trasladaron á Roma, donde se presentaron al papa San Julio, haciendo por escrito una nueva retractacion de cuanto habian dicho de San Atanasio, anatematizaron á Arrio y sus doctrinas, y fueron absueltos por el Jefe de la Iglesia. El concilio de Milan envió diputados á Constante, el cual les entregó una carta para su hermano, encargándole eficazmente que protegiese la reposicion de Pablo y Atanasio, y la deposicion de Estéban de Antioquía, donde estaba el Emperador.

»Un hecho notable fué causa de que Constancio llegase á persuadirse de la iniquidad de los Arrianos y de que en su consecuencia levantase el destierro á los diáconos de Alejandría, enviando á aquella ciudad orden de que no se persiguiese á los eclesiásticos ni á los seglares que estuviese por San Atanasio. Hé aquí el hecho á que nos referimos:

»Al llegar los diputados á Antioquia, Estéban se valió de un ardid miserable para desacreditarles ante el Emperador. Para llevar á cabo su plan, se valió de Onacro que era un jóven de una conducta disipada, y que por ella gozaba de una malísima reputacion. Puesto este de acuerdo con una de esas desdichadas mujeres que hacen una criminal mercancia de su cuerpo, encontró medio de introducirla de noche y medio desnuda en la habitacion que servia de dormitorio á Eufates. El santo obispo, al sentir rumor en su cuarto, se despertó sobresaltado y empezó á dar voces, sospechando que aquello era un lazo que se le tendia por los arrianos. En el momento Onacro hizo entrar quince compañeros suyos que tenia prevenidos para que fuesen testigos de que habian encontrado una mujer de mala vida en el cuarto del obispo. Mas como al ruido que armaron despertasen los criados de la casa, detuvieron á Onacro y á algunos de sus compañeros. Enterado el Empe-